

poesía con su seudónimo mutilado: *Marón*.—Su nombre literario era un semi-anagrama: *Marón Dáurico*.

Este furibundo adulator del general Calleja y del Virrey Venegas da asimismo pruebas de su conocimiento, no escaso, de las letras españolas, cuando ofrece al segundo de los mencionados personajes, unas rimas escritas en castellano antiguo, a estilo de las del misticador Pellicer, conocidas por las *Querellas del Rey Sabio*. Las de Roca comienzan así:

A vos, que acudido de heroica bravura
muy más que de Esquadras asaz favorito
las nobles fazannas de tal aguerrido
cual Cid o Bernardo vos facen mesura:
A vos renovando lejana escriptura
cual vos el recuerdo de grandes cabdillos
mi pennola acata, y en metros sencillos
se postra a la vuestra perinclita altura.

Don Ramón Roca colaboró tenazmente en el papel realista fundado, como he dicho, por Beristain y Comoto, *El Amigo de la Patria*.

Pero no sólo los que podían publicar, y publicaron, alabanzas a la opresión conquistadora, sino los imposibilitados para dar rienda suelta a

los arrebatos de su numen, los poetas insurgentes, se desbordaron, cuanto les fué concedido, en cantos a la libertad y a sus héroes, entonados con mayor vehemencia que arte; mas, por su propia sinceridad, conmovedores y grandiosos. *El Correo Americano del Sur* insertó varias composiciones de esta índole, no calzadas por firma alguna, porque semejante atrevimiento llevaba aparejado el peligro de ser pagado por la muerte. Sin embargo, los autores eran conocidos de todo el mundo, y su nombre se repetía envuelto, para que no sonara mucho, en terciopelos y tafetanes de discreción.—Desde la *Hernandía* de Ruiz de León, poema hecho sobre el molde de la epopeya italiana, a mediados del siglo XVIII, no se habían oído en Nueva España los acentos heroicos hasta el año de 1808, en que el sentimiento de la raza se unimismó, aquí y allá, en un grito de victoria, cuando se supo el triunfo de Trafalgar.

El poeta de la revolución que podía ponerse frente al poeta de la opresión, el que estaba en condiciones de contestar los bélicos arrestos de Roca, era uno de esos hombres de extraordinario prestigio moral e intelectual en México, y que figuraba desde diez años antes como uno de los más inspirados rimadores.

Cuando, al comenzar el presente estudio, aludí al certamen, abierto por Beristain, para celebrar la inauguración del monumento a Carlos IV, omití, adrede, la noticia de que uno de los premiados en ese concurso fué un joven, que se había distinguido mucho en el Colegio de San Juan de Letrán, donde acababa de cursar Filosofía, Teología y Jurisprudencia, y donde también había dado raras muestras de afición decidida por los estudios literarios.

Esto sucedía en 1803. Seis años más tarde, el mismo joven, admirado, celebrado y respetado ya en todos los círculos sociales, ocupaba, por voto unánime de los árcades, el puesto de *Mayoral* que dejó vacante la muerte de fray Manuel de Navarrete. A cada momento mi pluma ha tenido que detenerse para no estampar el nombre venerado de este poeta. Y es que, con deliberada intención, quise dejar este lugar al primero de los cantores de la Patria en los tiempos en que era un crimen alzar la voz para enaltecerla y glorificarla (1). Este poeta amable y per-

(1) Según José Rosas Moreno (Apuntes sobre *Guanajuato*, México, 1876), el primer poeta que cantó a la independencia fué doña María Josefa Mendoza. Pero no hemos podido comprobar esta aserción ni encontrar los versos de la poetisa, a quien también cita Beristain.

suasivo, este hombre bueno, se llamó don Francisco Manuel Sánchez de Tagle.

* * *

La melancolía y el amor me hicieron poeta: así lo declara Sánchez de Tagle (1782-1847), en una sentida confesión íntima. Y es verdad. Las obras en verso de este patriarca literario están poseídas de incurable tristeza y de amorosa ternura. Ni la retórica, altisonante y culterana, de sus odas, ni el almibarado amaneramiento de sus versos eróticos, ni la solemnidad rebuscada de sus cantos patrióticos, ni las notas orgiásticas, de candorosa falsedad, de sus anacreónticas, pueden ocultar un fondo de disgusto, un sedimento de pena, un dejo de amargura. Y es que el poeta tenía, él mismo lo dice en su confesión, un corazón demasiado sensible y delicado, y la época en que vivió no era propicia a la quietud consoladora, a la contemplación extática, al tranquilo esparcimiento del ánimo. Época fué, por el contrario, agitada, tumultuosa, batalladora: las ideas, las pasiones, los intereses, libraban un perpetuo combate. La sociedad mexicana, removida hasta su obscuro subsuelo por un soplo huracanado de odio, de amor y de libertad, lucha-

ba, por orgánico instinto, para reconstruirse sólidamente, y en esta lucha chocaban unos contra otros los espíritus, como escudos de guerra. Sánchez de Tagle, herido y maltrecho en las primeras horas de su juventud, supo templar al fin su alma y abroquelarse serenamente contra los ataques insidiosos de la maldad; supo convertir la blanda cera de su sentimentalismo en fuerte acero de convicción y de justicia, y de aquella exquisita fantasía salió más de una vez el rayo de las sagradas iras.

La existencia de este varón conspicuo fué larga y abarcó algunas características etapas de nuestra historia: los postreros años del Virreinato; todos los episodios de la Independencia; el Primer Imperio; el establecimiento de la República; la invasión norteamericana. En todas ellas, con excepción de la última, que lo halló cansado y le produjo la terrible desilusión que abrevió su muerte, Sánchez de Tagle ejercitó los dones de su musa; y así le escuchamos cantar, con arcaica galantería, a doña María Inés de Jáuregui, *dignísima Virreina*, como lanzar ditirambos a la estatua de Carlos IV, como entonar valientes himnos cívicos en loor de los héroes insurgentes, como llorar con lágrimas de pesadumbre y de encono la muerte de Morelos,

como increpar con dura entonación a los realistas ante el sepulcro de Hidalgo y de Allende, como exaltar, por fin, las glorias bélicas de Santa Anna y Terán después de la derrota de Barradas. Laborioso y leal servidor de la Patria, hombre de sana y razonada piedad, honrado y apacible jefe de familia, por su conducta alcanzó esclarecida fama en su tiempo. Poseía juicio sereno, amplia cultura, tierno corazón, fe inquebrantable.

Se sirvió de las formas poéticas de su época, pero las dignificó muchas veces. La suave puerilidad de Meléndez le sirvió para sus canciones amatorias; el coruscante rebuscamiento de Quintana y aun de Herrera, para sus odas y elegías. Caro, Rioja, de la Torre y Andrada, suelen prestarle ropaje del siglo xvi para revestir sus melancolías y sus sueños. Gustó de hacer claras las imágenes, expresándolas, sin embargo, con voces eruditas y sabios neologismos. En sus estrofas, aunque lejana, suena, en ocasiones, la intrincada música gongorina.

Las alusiones y los tropos mitológicos ornamentan su estilo. Es rimbombante, pero noble; afectado, pero pulcro. Un afán de buen decir domina y amordaza su inspiración. La Harpe, Boileau, Blair, le ponen freno a su fantasía, aunque

es cierto que más que fantasía tuvo Sánchez de Tagle buen sentido, razonamiento y mesura. El señor de Luzán y Claramunt es para él una sombra consejera y guiadora. Mas, de cuando en cuando, por encima de esta malla espesa de preceptismo, saltan las expresiones puras y hermosas, desnudas y libres. Salen, eso sí, esculturales y pulidas, obras, al cabo, de un paciente artífice, mas llenas, también, de emoción y de sentimiento.

Así, por ejemplo, en una de las *Odas pindáricas*, la claridad de la noche le hace exclamar:

¡En qué profunda y silenciosa calma
se queda absorta y sumergida el alma!

En la oda religiosa a San Vicente de Paúl, tiene esta imagen, a propósito de las devastaciones de la guerra:

Así saña infantil derriba el nido
que al diligente avión costó mil vuelos.

Pero, en general, el ardor de su fantasía se vuelve académica tibieza, por la preocupación de seguir de cerca los cánones de la Poética del siglo XVIII.

Conocedor de Horacio y de Virgilio, a quienes leía con deleite, los recuerda algunas veces,

al componer. Pocas huellas dejaron en él Jovellanos y los Moratín, pero muy honda, indeleble, la dejó Meléndez Valdés. Así es como se lo imagina en el Olimpo:

Un joven aparece; trae ceñida
la frente con la rama
que respeta de Júpiter la llama;
una cítara de oro tiene asida;
viene de gloria pleno,
de Venus precedido y de Sileno.

Las Gracias lo acompañan, y Cupido,
con celestial sonrisa,
por besarle la boca se da prisa:
de celos Temis muestra el pecho herido;
Primavera sin tasa
va derramando flores por do pasa.

Un enjambre de abejas susurrantes
gira con blando vuelo
en torno de su labio, y es su anhelo
poner allí la miel que en las fragantes
frescas rosas chupara
cuando por el jardín raudo volara.

Píndaro excelso y el sublime Homero,
suave Anacreón y Horacio,

Pope, Young, y Virgilio, honor del Lacio,
Rousseau, Bacon, Malherbe y el severo
Boileau, Racine, el Tasso,
León, Herrera, Argensola y Garcilaso.

Reverentes lo besan y lo guían
con cariñoso celo
a do reside el árbitro de Delo,
y las hermanas mueve, que aún tañan.
El llega, y calla todo...

.....

Y en una nota a su composición *El Rompimiento*, dice: «El divino Meléndez, gloria inmortal de nuestro Parnaso.» A otro divino, a Herrera, rinde así mismo homenaje y culto. El padre de la escuela sevillana se le aparece a cada momento, en el recuerdo, y lo compele a seguirlo y parafrasearlo:

A Júpiter así, tropa salvaje
de raza gigantea
negó el debido culto y homenaje,
provócalo a pelea,
y añade insultos al primer ultraje.
Los elevados montes desquiciaron:
los ven los dioses, con pavor y asombro,

que, cual arista al hombro,
así los llevan; fieros hacinaron
uno sobre otro, y luego
van el cielo a talar, a sangre y fuego.

Llegada la ocasión, Quintana y Cienfuegos le prestaron un poco de su arrebato y lozanía.

Y no por este acercamiento a la poesía española se crea que era desconocedor de la extranjera. Familiarizado con los idiomas francés e italiano, las dos fraternas lenguas romances, leyó mucho a los enciclopedistas, a Voltaire, a Rousseau, y entretuvo sus ocios en verter, en verso castellano, un cántico devoto de aquel gran heresiarca, algunos lirismos piadosos de Jean Baptiste Rousseau, una fúnebre fantasía de Alphonse de Lamartine y algunas páginas de Metastasio.—(*El Estío*, del célebre abate, conserva, en la traducción mexicana, su deliciosa y colorida sencillez.)

Sánchez de Tagle no fué un moralista en verso, como por entonces se estilaba. No escribió irónicas sátiras ni sentenciosas epístolas. Vivió transformando sus ideas con el curso de los años, adelantándose, con generosa intuición, al pensar y al sentir de sus contemporáneos. Y del mismo modo que sus vestidos que, al comenzar el siglo,

eran el obscuro casacón, el calzón corto, la media negra, el zapato con hebilla de plata, y en el año de 1847, eran la levita de largos faldones, el constrictor y alto corbatín, el pantalón ajustado y largo, del mismo modo, repito, fué adaptándose su temperamento a las modificaciones del medio. Y el lunar de una Virreina, y las desdichas de la Madre España, y la estatua imperial de Carlos, y el heroísmo insurgente, y la libertad de la Patria, le arrancaron ya cortesánias, ya lamentos, ya elogios de vasallo fiel, ya gritos épicos, ya triunfales himnos.

Pero tanto cantó al dolor y a la tristeza como a la Religión y a la Patria. *Al Infortunio*, a la *Melancolía*, a los *Afectos del Misántropo*, a la *Infelicidad humana*, son títulos en las producciones líricas de Sánchez de Tagle. Y aquí también se ve la influencia de Quintana: la orientación hacia lo abstracto. Cantó a la luna en una noche de tempestad; cantó a la luna en tiempo de discordias civiles.

Del neo-clasicismo artificioso y sensual, pasó este poeta, por transformaciones sucesivas y quizá inconscientes, a un lacrimoso y escéptico romanticismo; al que lo condujeron, sin esfuerzo, la revolución literaria naciente, los nuevos modelos, y su corazón delicado y sensible. Sán-

chez de Tagle, desde este punto de vista, es el primer romántico mexicano.



El año de 1817 dejó de publicarse el *Diario de México*. Su desaparición era sintomática: la revolución parecía vencida; frustrados los anhelos de libertad. En frente de lo futuro, encapotado como un horizonte de borrasca, en sombras relampaguentes, se hacía un largo silencio doloroso y dramático. La autoridad española parecía haber recobrado su vacilante fuerza, y acallado y apaciguado, por fin, vertiendo sangre y repitiendo promesas, el tumulto amenazador de *criollos* y *mestizos*. Ninguna publicación importante sustituyó al *Diario*. *El Noticioso*, papel trisemanal fundado por el infatigable don Juan Wenceslao Barquera en 1816, y que, con la *Gazeta del Gobierno*, sobrevivió al mutismo periodístico, es, como lo indica su título, un simple recopilador de noticias nacionales y extranjeras, y muy rara vez prohija una literatura sin savia, sin color, sin vida. No se oye un grito, no se percibe una protesta. La poesía, fatigada y anémica, espera, con el ceño fruncido, la hora en que ha de abrirse su forzado encierro. Es un ave

enjaulada que aguarda a que pase la noche para cantar.

Desde 1817 hasta 1820 no se perciben movimientos intelectuales dignos de mención. Sólo la vuelta de los Jesuitas, a mediados de 1816, despierta, durante un corto espacio, la modorra aparente de los poetas. Aquí torna el canónigo Beristain, impulsador constante de las letras, a promover un certamen; y éste se efectúa en honor de los magnos educadores. Tal concurso, menos lucido y fastuoso que los anteriores, sirvió para hacer una alta revelación: el advenimiento de otro poeta mexicano que acababa de llegar a la vida y se presentaba, como el Petrarca de Juan Montalvo, apoyado en las musas invisibles: don Francisco Ortega.

* * *

El poeta don Francisco Ortega (1793-1849) es el más pulido y cuidadoso versificador de su tiempo.

Si en sus primeras composiciones pueden ser notados los defectos prosódicos de la época, comunes a todos los poetas mexicanos, en cambio, conforme Ortega se adueña de su arte, va corrigiéndolos lenta pero seguramente, hasta que en

sus odas didácticas en elogio de don Mariano José Sicilia, al publicarse las *Lecciones de Ortología y Prosodia*, la rima y el ritmo adquieren una perfección inusitada entonces. Mas la ternura y la armonía de la versificación no corren, por cierto, parejas, con el brillo del estro y el vuelo de la fantasía, que de ser así, don Francisco Ortega hubiera sobrepasado notablemente el nivel que alcanzaron sus contemporáneos Sánchez de Tagle y Quintana Roo. Mesurado frecuentemente en la dicción, es calculador en la fantasía. Sus imágenes, sus tropos, sus metáforas, son obra paciente de la meditación, no espontáneo impulso de la imaginación. Esta moderación, esta discreción, impiden el arranque desmelenado de un lirismo arrebatador. Ortega es claro pero frío, como Sánchez de Tagle, aunque, por la propensión de su gusto depurado, cae menos veces que este otro poeta en el prosaísmo. El anhelo de conservar siempre la compostura académica, lo obliga en muchas ocasiones a que sus pensamientos y sus sentimientos nobles, verdaderos y profundos, aparezcan revestidos con un traje declamatorio que les da el aspecto de engañosas ficciones.

Porque este poeta, como casi todos los de su tiempo, fué un poeta civil, y llegada la oportu-

nidad, puso su lirica al servicio de la causa política, que era una suprema causa: la causa de la Patria. La efervescencia de los episodios dramáticos que se sucedieron más tarde en la vida nacional, eran algo así como los dolores de un alumbramiento, la pugna del nuevo ser al desprenderse, por esfuerzo natural y necesario, de la matriz que lo contuvo, y esa agitación, esa inquietud, llegaban a las líras de los poetas, y, sacudiéndolas, les arrancaba cantos heroicos, alabanzas olímpicas, frenéticas inspiraciones. El júbilo de la libertad embriagaba a las musas, como una fuerte y agria posca.

Ortega sintió, como los otros, esta borrachera de ideal y de vida. Pero su temperamento delicado no le permitió llegar al exceso. Sus características fueron la moderación y la templanza. Hombre de gran salud moral, se detuvo en los límites de un generoso y ponderado entusiasmo. Era un sagaz y prudente observador. Por encima del tumulto de las pasiones, la severidad de su juicio clareaba como luz de estrella sobre ola de borrasca. Así, cuando la adulación de los cortesanos, la impetuosa admiración de un ejército y el ciego delirar de un pueblo, levantaron a Iturbide hasta la efímera visión de un trono, este poeta cantó el poema de la verdad y de la

justicia, y quiso, con su elocuencia libre y clarividente, convencer a la ambición en sus desatentadas locuras. La oda de Ortega a Iturbide es una de las páginas más honradas, valientes y puras de aquella época impura y revuelta:

¿No miras, oh caudillo deslumbrado,
ayer delicia del azteca libre,
cuánto su confianza,
su amor y gratitud has ya perdido...?

.....
¿De la envidia las sierpes venenosas
del trono en derredor no ves alzarse,
y con enhiestos cuellos
abalanzarse a ti? ¿Los divinales
lazos de amistad bellos,
rasgar, y conjurarte mil rivales?

.....
La cándida verdad, que te mostraba
el sendero del bien, rauda, se aleja
del brillo fastuoso
que rodea ese solio tan ansiado;
ese solio ostentoso,
por nuestro mal y el tuyo levantado.

Tres númenes inspiran a Ortega; son los mismos que mueven y socorren la musa de Sánchez de Tagle; los mismos que estremecen el alma